

Yo, Vicente Ferrer: el ángel del apocalipsis

JESÚS CADEVILLA

YO, VICENTE FERRER:
EL ÁNGEL DEL APOCALIPSIS

Styria

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© 2007, Jesús Caudevilla Pastor
© 2007, Styria de Ediciones y Publicaciones S. L.
Tuset, 3 2º – 08006 Barcelona
www.styria.es
Primera edición: octubre de 2007

LA FOTOCOPIA MATA AL LIBRO

Diseño de cubierta: Enrique Iborra
Maquetación y corrección: Jesús Martínez
ISBN: 978-84-96626-49-2
Depósito Legal: B-41.979-2007
Impresión y encuadernación: Liberduplex S.L.

Impreso en España – *Printed in Spain*

Índice

Prólogo	11
Final del Camino	15
Primeros pasos	21
<i>Domini canes</i>	30
Estudios lejos de casa	39
Regreso a Valencia	49
Inicio del Cisma de Occidente	57
1380-1390.....	66
El pogromo	76
Benedicto XIII.....	84
Aviñón.....	92
Jesucristo, santo Domingo y san Francisco	102
Legado <i>a latere Christi</i>	111
El demonio ignominioso	119
El veneno de la serpiente	126
En Marsella con Benedicto XIII.....	133
El camino que no cesa	143
El <i>Ante-Christo</i>	152
El endemoniado y el soldado arrepentido	160
El don de lenguas.....	171
De nuevo el demonio que acecha	182
Concilio de Perpiñán	191

De nuevo en Barcelona	203
Muerte del príncipe	212
Caminando hacia Valencia	222
El diablo de Sant Mateu	232
Por fin de nuevo en Valencia	241
Hacia el Sur	251
En Murcia	261
Recorriendo Castilla.....	272
Don Fernando, el de Antequera	283
La combustión de los dos reos.....	294
Final de la evangelización en el Reino de Castilla	304
El compromiso de Caspe	316
Conclusión del compromiso de Caspe	327
El legado prosigue su misión divina	337
Despedida de Valencia	350
Mallorca.....	361
La disputa de Tortosa	372
El prodigio del niño de Morella	382
Aragón.....	395
El fin del Cisma	409
La muerte de don Fernando	420
Suspiros finales.....	432
Epílogo. Vicente Ferrer de Valencia es Santo.....	445
Agradecimientos	446

*A Gavi, mi esposa y compañera,
Y a mis hijos, Teba y Alexis, con el mayor cariño.*

La predicación es comparable a una red,
en la que un hilo está atado a otro, y
cuando de esta manera tiran de ella,
toda la red viene detrás.
Así, la predicación debe estar tejida:
un ejemplo con otro, una cita con otra.
Con el tema central se arrastra
todo el sermón, si éste va bien ordenado.

San Vicente Ferrer

Prólogo

Por mí se llega a la ciudad del llanto;
Por mí a los reinos de la eterna pena,
Y a los que sufren inmortal quebranto.
Dictó mi Autor su fallo justiciero,
Y me creó con su poder divino,
Su supremo saber y amor primero.
Y como no hay en mí fin ni mudanza,
Nada fue antes que yo, sino lo eterno...
Renunciad para siempre a la esperanza.

Palabras escritas con letras negras
sobre una puerta a la entrada del infierno.
La Divina Comedia, Dante

Habían transcurrido algo más de noventa y ocho años desde que Guilhelm Belibaste, el denominado último cátaro del Languedoc, fue quemado en la hoguera en el patio del castillo de Villerouge-Termenés (Aude) acusado por la Santa Inquisición de herejía... Y casi ciento cinco años desde que el Gran Maestre de la Orden del Temple, Jacques Bernard de Molay, después de padecer los tormentos más espeluznantes en las mazmorras de la bastida de Domme (Périgord) y en la ciudadela de Chinon (Turena), había sufrido el mismo destino en París, junto con otros destacados miembros de la orden. Entre ellos: Godofredo de Gonneville,

Godofredo de Charney, Hugo de Pairaud. Así se cumplían los deseos del monarca Felipe IV el Hermoso y el pontífice Clemente V de acabar con el Temple. Sus grandes ascendencias, conocimientos y riquezas los habían puesto en el centro de la diana. Sin embargo, ninguno de los dos gozaría mucho tiempo de su éxito. Ambos morirían ese mismo año. El rey víctima de un accidente en una partida de caza; el Papa a consecuencia, según algunos cronistas medievales, de una maldición lanzada por el Gran Maestre del Temple momentos antes de su muerte en la hoguera. Ese mismo año también falleció el Inquisidor General, Guillermo Imbert, por los efectos de una caída del caballo. A pesar de la disolución de los *Minister Christi* sus conocimientos y sus misterios seguían transmitiéndose en secreto entre los depositarios de su herencia. Esos depositarios mantendrían viva la llama a través de los siglos.

Nos hallamos en la segunda decena del siglo XV. Inmersos en la Guerra de los Cien Años que enfrentan a Inglaterra y Francia. Todavía subsisten algunas comunidades cátaras y valdenses. Europa había padecido en los últimos tiempos temibles epidemias que habían reducido drásticamente su población y, como consecuencia, modificado la sociedad en un trasvase de las zonas rurales a las urbes. La Iglesia se había visto inmersa en el Cisma de Occidente que había concluido apenas tres años atrás y que la había llevado a una situación grotesca. En algunos momentos tuvo hasta tres papas que se disputaban el legado de san Pedro. Una Iglesia prisionera del poder político que la manipulaba para sus intereses pocos divinos; y unos papas que defendían más su poder terrenal que la fe que presuntamente profesaban. Aún estaban recientes las persecuciones y matanzas de judíos, especialmente en 1391, con el beneplácito religioso y social. Se había transitado por una época convulsa salpicada de disputas por el poder. La historia había dejado compromisos políticos no siempre transparentes. Habían sido tiempos en los que gran parte de la sociedad buscaba una luz salvadora que les sacara de la oscuridad por la que transitaban. Una oscuridad por la falta de guías a seguir en una sociedad masacrada por las enfermedades, y que creaba un clima de temor y desamparo. La Iglesia se había encargado de reprimir con torturas y muertes cualquier movimiento que buscara un camino diferente a la ortodoxia papal. Apenas hacía cuatro años que habían quemado en la hoguera al teólogo bohemio

Jan Hus condenado por el Concilio de Constanza por apoyar a John Wycleff. Los restos de este último, que llevaba ya varias décadas muerto, fueron exhumados y trasladados a Constanza, donde fueron calcinados para demostrar a la cristiandad que cualquier pretensión de modificar la doctrina oficial sería cortada de raíz.

No es extraño que en ese contexto surgieran iluminados que, con más o menos acierto, intentaron convencer a las masas de que debían arrepentirse de sus pecados y prepararse para el Apocalipsis que, según ellos, se aproximaba. Predicadores itinerantes que pregonaban el fin de los tiempos, y gran parte del populacho se los creía. El teatro era idóneo para la representación. Nacían cofradías y surgían hondos misticismos. Las procesiones y penitencias públicas se multiplicaban por pueblos y ciudades. Sus lamentos eran propagados por el viento y se contagiaban a seres que vagaban sin rumbo en busca de un sentido a esta situación.

Nuestro protagonista se encuentra en Gwened/Vannes (Bretaña) prostrado en el lecho de muerte tras alcanzar los setenta años de intensa vida. Nos hallamos en el inicio de la primavera de 1419. Atrás han quedado incontables leguas acumuladas en sus piernas. En polvorientos caminos ha desperdigado sus energías y su salud. En esos caminos aún resuena su atronadora voz anunciando el fin del mundo. Esos mismos caminos lo han visto envejecer pero no perder su determinación. En los senderos ha ido dejando la época en la que se relacionaba con reyes y papas, y era confesor de princesas. Ha dejado atrás su decisiva participación en temas políticos de gran trascendencia y su mediación en disputas entre bandos y entre personas. Pronto se esfumarán los tiempos en los que era martillo de herejes. Tiempos en los que se enfrentó con demonios y escuchó sorprendentes historias que de propagarse pondrían en un brete a la Iglesia oficial. Sabe que ha llegado al final de su recorrido como *legatus a latere Christi*. Eso no le afecta. En realidad da gracias a Dios porque su deteriorado cuerpo carece de las fuerzas necesarias para afrontar los profundos cambios de una sociedad que va dejando atrás la Edad Media y camina inexorablemente hacia la Moderna. Él ya ha cumplido con su papel. Ha puesto todo su empeño en ello.

En sus momentos finales lejos de la mediterránea que lo vio nacer desconoce que su recuerdo resistirá el desgaste de los siglos. Eso sí, entre-

mezclada la realidad con la leyenda. Su existencia nos llegará maquillada por unos, y salpicada por otros. Muchos se apropiarán de su figura y de sus actos, y los distorsionarán hasta adquirir tintes grotescos. Es muy difícil discernir dónde se encuentra la verdad o la leyenda. Únicamente podemos dejar que en las próximas páginas este venerable anciano nos exponga en su lecho de muerte la visión de su vida. Una visión afectada por innumerables sucesos y por los años transcurridos. Una visión marcada por sus férreas creencias... Que cada cual extraiga sus propias conclusiones...

1

Final del camino

Ya al final de mi vida de pecador, mientras canoso y decrepito como el mundo, espero el momento de perderme en el abismo sin fondo de la divinidad desierta y silenciosa, participando así de la luz inefable de las inteligencias angélicas, en esta celda del querido monasterio de Melk, donde me retiene mi cuerpo pesado y enfermo...

Adso de Melk en *El nombre de la Rosa*, Umberto Eco

Las herraduras de los caballos golpeando el suelo me han arrancado de mi somnolencia. ¿Cuánto tiempo he permanecido en ese estado? Lo ignoro. Más ruido. Más sobresaltos. Ahora me llega el chirrido de las ruedas de algún carro. Quizás vaya cargado de leña, de telas o de cuero... La primavera ha llegado con timidez a estos parajes. Hasta mi lecho revolotean los primeros olores de la recién iniciada estación. ¡Cómo me gustaría escaparme al campo y respirar su fragancia! Esas plantas renaciendo tras los fríos del invierno. Contemplar los hermosos narcisos procedentes de las islas Glénan... O escuchar el trinar de los pájaros. Me gustaría revivir esas sensaciones pero me encuentro cansado. Muy cansado. Mis huesos están desgastados. Demasiadas leguas se acumulan sobre mis piernas. No he recorrido esos caminos por placer sino siguiendo el mandato recibido directamente de Cristo. Él me eligió para predicar a los hombres su palabra. Unos hombres irreflexivos que estaban postergando las

enseñanzas que nos dejó. Somos injustos al olvidarnos de que murió para redimirnos de nuestros pecados. Una muerte precedida de un castigo atroz. Una muerte por culpa de la ceguera de unos judíos que persisten en su negación de la Verdad.

—¿Cómo te encuentras? —una voz me sacó de mis meditaciones.

Abrí los ojos y me encontré con un rostro amado. Sus facciones quedaban atenuadas por la luz de la lámpara de aceite que colgaba de la pared. Un rostro apacible que conocía muy bien desde que ambos jugábamos por las calles de nuestra ciudad. Guillermo y yo somos de la misma edad. Eso nos unió desde el primer momento. Nuestra amistad se forjó en la infancia y jamás se ha visto enturbiada por nada. Me ha acompañado en mi labor en todos estos años. Juntos hemos envejecido. He visto cómo se le formaban arrugas en el rostro pero no ha perdido el brillo de sus ojos. Ese brillo que me cautivó desde niño. De su boca jamás se escapó una queja, una protesta, un gesto de rechazo. Siempre presto a que no me falte lo básico, y a protegerme. Ese deseo de resguardarme nos ha traído más de una discusión. Más de una vez le he recriminado su rigor. Por mi parte he estado demasiado absorto en mi cometido y casi nunca le he expresado la profunda estima que le profeso. Estoy convencido de que lo sabe pero a todos nos gusta que alguna vez nos muestren públicamente ese afecto.

—¿Cómo te encuentras? —volvió a repetir ante mi silencio.

Hice un leve gesto con la cabeza porque se me había hecho un nudo en la garganta. Me encontraba muy débil. Mucho. La alta fiebre merma mis exiguas energías. Unos fuertes dolores me invadían pero mi fe los controlaba. Esa fe que he defendido sin desfallecimiento a lo largo de mi existencia.

—Pronto te repondrás y volveremos a recorrer los caminos... Además, debemos regresar a nuestra tierra. La familia nos aguarda... —me dijo posando su mano sobre mi hombro y arrimando sus labios a mi oído.

Sus ojos, a pesar de que intentaba velar su rostro en la penumbra, se percibían llorosos. Negué con la cabeza ante su mentira piadosa. Yo sabía, y él también, que mi cuerpo ya no volvería a recorrer los caminos ni mucho menos regresaría a mi tierra natal. De eso tuve el convencimiento mucho tiempo atrás. Me lo susurró una voz interior cuando hace unos meses

mis fosas nasales recibieron el influjo del Golfo de Morbihan, antes de traspasar por primera vez las murallas de Gwened. Montaba en un jumentillo con albarda y sin corraje, y el estribo de madera atado con cuerdas. Hace tiempo que tengo la pierna ulcerada y camino con dificultad. No entramos solos en la población. Nos acompañaba una numerosa comitiva que nos vino a recibir a media legua, junto a la capilla de San Lorenzo. Encabezaba el cortejo de acogida el duque Juan y su esposa, la hija del rey de Francia; el obispo monseñor Amaury, el Cabildo, el clero, la nobleza y, detrás, el pueblo. Fue impresionante. No esperaba menos. Como legado de Cristo en la Tierra merezco esos recibimientos que me han prodigado en numerosos lugares. Sin embargo, lo que más me impresionó de esta entrada en Gwened fue encontrar junto a las puertas una doble fila de personas desesperadas que me imploraban a gritos su curación. Leprosos, lisiados, ciegos, mancos, pordioseros... Me enseñaban sus amputaciones enquistadas, sus espantosas úlceras que apenas cubrían con trapos andrajosos recubiertos de supuraciones apestosas. Les impartí mi bendición. Esa bendición que encerraba el poder que Nuestro Salvador había depositado en mí. Inmediatamente surgió efecto. Pronto las lágrimas y los gritos de alegría y de agradecimiento de los que se curaron glorificaron la benevolencia divina. Más de uno intentó arrancarme un fragmento de mis vestiduras. Para resguardarme, mis compañeros más fornidos formaron a mi alrededor una barrera. Siempre prestos a evitar que me ocurriese algún percance. El fervor popular se desbordó. Exclamaciones, lágrimas, los brazos dirigidos al cielo...

—La gloria completa os corresponde a vos Señor Nuestro Salvador —proferí juntando las manos y posando mi mirada a las alturas.

La voz interior que había escuchado ante la población no era nueva para mí. Periódicamente me ha acompañado durante todos estos años. Y siempre que la he escuchado se ha cumplido su mensaje. No dudo de que es el propio Cristo quien me habla. No pecho de soberbia. Estoy convencido. ¿No se me apareció junto a san Francisco de Asís y santo Domingo de Guzmán para encargarme la tarea? ¿No he conversado muchas veces con Él...? Hace tiempo que sabía que, posiblemente, no regresaría a la tierra que me vio nacer. Lo he asumido como una de las cargas que conlleva mi misión. Esa misma misión me ha convertido en un hombre que

no pertenece a un lugar. Un hombre que no se pertenece ni a sí mismo. Un hombre que únicamente pertenece a Cristo... Pero no tengo motivos para quejarme. ¿Quién soy yo para hacerlo? ¿No sufrió Nuestro Salvador terribles tormentos sin lamentarse? Carezco de motivos porque he sido un privilegiado. Un privilegiado en un mundo turbulento sacudido por herejías, cismas, tentaciones, enfermedades... He sido un débil mortal elegido para desempeñar una noble tarea. ¿Qué he hecho para merecer tal designación? ¿Qué vio en mí?

No he tenido una existencia fácil pero siempre he procurado mantenerme fiel a los principios del Evangelio. En los momentos de vacilación ahí estaba la Biblia y la *Summa Theologica* escrita por mi hermano de fe Santo Tomás de Aquino para marcarme la senda. Esos dos libros me han acompañado a lo largo de los caminos y de los años. Sus páginas han sido un refugio en ciertos momentos. Esos momentos en los que uno ha flaqueado. ¡Sí, yo también he flaqueado aunque he intentado que nadie lo descubriera! No me lo podía permitir. Debía mantener mi imagen. Sé que muchas miradas estaban clavadas en mí, y buscaban mi ejemplo. Por ello, al final, testifico que en esos libros se encuentra el apoyo necesario. Desgastadas por el tiempo y por el uso, reposa en mi lecho junto a mi cabeza la Biblia mientras tengo el crucifijo junto a mi corazón. Nunca he querido separarme de ellos y menos en estos momentos. ¿Habré cumplido de la forma que Él esperaba? ¿Me habrá perdonado mis errores? Reconozco que a lo largo de mis setenta años he cometido errores. Nadie es plenamente perfecto. La perfección sólo está en el Cielo.

—Las mujeres te están preparando sopa de pescado —me susurró de nuevo Guillermo con una dicción endulzada.

A regañadientes, y aprovechándose de mis exiguas energías, me han colocado un colchón y me han despojado de mi cilicio. Demasiadas comodidades para un predicador itinerante. Los dejo hacer. Ya me opongo a pocas cosas siempre que no vayan en contra de mi fe. Ahí está la barrera infranqueable. La pasada noche me embarcaron. Intentan por todos los medios retornarme a morir a Valencia. Niegan lo evidente. No son conscientes de que es aquí donde me ha traído Nuestro Señor para que reposen eternamente mis huesos. Conjeturo que después del susto de anoche se han convencido. Hasta la duquesa me envió su litera para facilitarme

el retorno. No pude rechazarla. De nuevo estoy en casa Dreulin bajo la hospitalidad de este caballero de la corte de Bretaña. La vivienda está emplazada en la plaza de los Torneos frente al castillo del Armiño. ¡Cuánta gente se congregaba en sus azoteas y almenas para escucharme predicar! Parece que hace tanto... Y sólo han transcurrido unos meses.

He comido un poco de sopa. A pesar de que me han asegurado que estaba elaborada con pescado, afirmarí que la carne también había intervenido. No he protestado. De nuevo he escuchado el paso de un grupo de jinetes que al trote cruzaban la plaza de los Torneos. La fiebre me abraza. Los dolores no cejan. Para mitigarlos tengo que emplear toda la capacidad mental para abstraerme. Agradezco ese don que me ha sido concedido y que me es de enorme ayuda en esta situación.

La duquesa Juana ha venido acompañada de su hijo, Francisco, de unos cuatro o cinco años. Se ha interesado por mi salud. Luego me ha pedido que posara la mano sobre el Duque heredero para bendecirlo. No se me ha escapado que para ella era muy importante que lo tocara. No sin esfuerzo físico he cumplido su deseo. Con dicción irregular he logrado articular algunas palabras dirigidas al niño.

—Sé una persona piadosa y no caigas en las tentaciones que, sin duda, te tenderá el demonio.

El infante me miraba expectante sin llegar a comprender la situación. Percibí cómo se estremecía cuando posé mi mano en su cabeza. Lanzó una mirada solicitando apoyo a su madre. Ésta le sonrió amorosamente. Pronto se marcharon, no sin preguntarme antes si necesitaba alguna cosa. Negué con la cabeza. Había gastado muchas energías y las palabras se me volvían a resistir. Había pronunciado tantas... La duquesa me deseó una pronta recuperación. Me dijo que esperaba verme pronto por el palacio ducal. Sus palabras me resultaron poco convincentes. Ella era consciente de mi delicado estado. Yo también. En realidad nadie engañaba a nadie.

A lo largo de los años me he preguntado cómo hubiera sido mi existencia de emprender un camino distinto. De no formar parte de la Orden de los Predicadores... No me lo puedo imaginar. Me siento satisfecho por mi participación en hechos de tal relevancia que han marcado el destino de reinos y personas. A veces, en momentos muy íntimos, siento nostal-

gia por aquel niño que correteaba por las calles de mi ciudad y que no era consciente de la tarea que se le venía encima. Ha pasado tanto desde entonces... Ahora sólo me queda aguardar el instante para presentarme para pasar cuentas. Ese instante donde no se puede mentir ni fingir.

Algo me saca momentáneamente del sopor. Dos sirvientas, una joven y otra de edad adulta, se marchan a toda prisa después de haberme cortado un trozo de mi sayo. Apenas pueden reprimir la excitación que las embarga. Intuyo por sus movimientos que al abandonar la estancia sobre sus rostros dibujan el signo de la cruz. De nuevo los párpados se me cierran igual que si estuviesen cargados de pesadas piedras. Mi debilidad es extrema. ¿Cómo será el Cielo? Me lo figuro como un lugar maravilloso. Un remanso de paz y amor. El sitio más maravilloso imposible de concebir por la mente humana. Un lugar cuyo disfrute durante la eternidad justifica nuestra bondad en la tierra, y el rechazo al demonio. Ese ser despreciable que nos quiere arrastrar al sufrimiento eterno. Tengo ganas de realizar ese gran viaje. El último...

«¡Arrepentíos... Pecadores!», murmuré víctima de un impulso espontáneo pero sin el ímpetu de antaño.

Ya no me duele nada. Descubro que la fiebre ha desaparecido. Es extraño. De pronto me siento rejuvenecido. Me veo transportado por el viento a cientos de leguas de distancia. Rehago el camino... Bretaña, Valle del Loira, Borgoña, Franco Condado, Occitania, Aragón, Valencia, Murcia, Castilla, Mallorca, norte de Italia, Flandes, Lombardía, Piamonte, Saboya, Delfinado, Provenza... Aviñón, Perpiñán, Tortosa, Caspe, Toulouse del Languedoc, Lérida, Barcelona, Valencia... Contemplo el mar Mediterráneo. Las naves cargando en el puerto a punto de partir... Ya no soy un decrepito anciano prisionero en su lecho en la Bretaña. Soy un niño que recorrer las calles de Valencia...

Primeros pasos

...Así lo hacía en Valencia cierto padre de familia: cuando se aproximaba el alumbramiento de su mujer se iba a la iglesia y oraba de rodillas para que saliese felizmente del trance, hasta que uno de sus servidores iba a anunciarle el dichoso acontecimiento. Entraba entonces en su casa dando gracias a Dios por tan gran merced, y tomando en sus brazos a la débil criatura, llamaba sobre ella, bendiciéndola, los más preciados favores del cielo...

Del sermón predicado en Ciudad Real
el 24 de junio de 1411 por Vicente Ferrer

Nací en la ciudad de Valencia en el año de la Natividad de Nuestro Señor de 1350 en el seno de una familia con arraigadas costumbres cristianas. Familia originaria de Cataluña. Mi madre, Constanza Miquel, se había casado diez años atrás con Guillermo Ferrer. Notario. Mi padre gozaba de una sobresaliente consideración en la comunidad. Prueba de ello es que poco antes de mi nacimiento había prestado juramento como escrivàn de la Cort del Regent. No en vano varias generaciones de Ferrer habían ostentando el importante cargo de Notario. Sirva de ejemplo que en 1240 un antepasado redactó el contrato de boda del hijo de Abu Seit, el último rey moro del país... Esa notoriedad familiar hizo que, en sesión extraordinaria, el Consejo de la ciudad acordara que en mi bau-

tismo me apadrinaran tres regidores. Los elegidos fueron Ramón de Oblites, Jurat en cap, Domingo Aragonés y Guillermo Espigol. La ceremonia se celebró en la Iglesia de San Esteban. En su momento mis padres me contaron que se desató la polémica a la hora de ponerme un nombre. Cada padrino tenía su particular predilección y la defendía con ahínco. Hasta que la intervención del sacerdote, Perot Pertusa, puso fin a la polémica.

—Las palabras de Dios son transmitidas a través de su Iglesia. El niño deberá llevar el nombre del ilustre Santo cuya santidad conmemoramos estos días. Por tanto no existe ninguna duda. El niño se llamará Vicente, y no se hable más del asunto. ¡Dios se ha pronunciado!

El 22 de enero se celebraba la fiesta de san Vicente, mártir. Nacido en Huesca, sobrellevó martirio en Valencia por sus creencias allá por el año 300. El primer tormento al que lo sometieron fue el potro; el segundo, el apaleamiento, y el tercero, lo extendieron sobre una parrilla al rojo vivo. Ahí no acabaron con su infamia. Los verdugos volcaban sal sobre sus heridas avivando el espeluznante suplicio. Nuestro Señor Jesucristo no lo abandonó y le transmitió energías. Enrabiados por esa entereza lo lanzaron a un sombrío calabozo con el suelo atestado de trozos de vidrios. Allí lo abandonaron amarrado y de pie, convencidos de que perdería sus bríos. A medianoche la estancia se atiborró de luz. Se le desengancharon las cadenas y los vidrios se transformaron en olorosas flores. La armonía celestial regó la estancia en tanto una voz le apuntó que se adhiriera a la Corte Celestial que estaba a la espera. San Vicente murió de la turbación ante tal deleite. El asombrado carcelero se convirtió.

La pila donde fui bautizado tenía forma de copa. Fabricada en mármol negro y de una única pieza. En incontables ocasiones, al callejear durante mi niñez, mis pasos me llevaron hasta la iglesia de San Esteban. Atraído por una fuerza irresistible, cruzaba su puerta y me pasaba largo tiempo contemplando la pila bautismal. Embobado, me repetía que allí había empezado a pertenecer a la comunidad de Cristo. Allí empezó mi salvación. Percibía una intensa emoción que se apoderaba de mi ser. Sabía que millones de personas habían limpiado el pecado que procedía de Adán y Eva con ese sacramento recibido en lugares como aquel. Un puente que Dios había lanzado a los hombres para que se redimiesen.

No nací en unos tiempos fáciles. Ocupé el cuarto lugar entre los hijos. El segundo varón. Hacía algo menos de dos años que una gran epidemia había castigado a Europa. Según se creía se originó en el Extremo Oriente y, cruzando el Mar Negro, devastó Grecia e Italia. Saltó a Mallorca y, de allí, a la Península Ibérica y Francia. Se calculaba que en Valencia fallecían diariamente más de trescientas personas a consecuencia de la peste negra. No fue la única ocasión. En el 1372 se produjo un rebrote de la peste bubónica que se ensañó especialmente con los infantes. Mis ojos infantiles se llenaban de sufrimiento ante la visión de aquellos cuerpos repletos de forúnculos rellenos de pus, de la piel azulada o negruzca, de una fiebre que se disparaba y consumía a los pobres infelices. Nadie estaba a salvo. ¡Cuántos niños que habían compartido juegos conmigo desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos! Estas epidemias se repetirían cada cierto tiempo diezmando las ciudades y sumiendo al continente en la desolación. Pero eso no fue todo. Cuando tenía entre seis y nueve años padecimos importantes sequías... Nos hallábamos en una sociedad pecadora donde el vicio campaba a sus anchas. Y el desgobierno se imponía. Los enfrentamientos de parte de los estamentos urbanos contra la política de Pedro II de Valencia, III de Cataluña y V de Aragón provocaron batallas, humillaciones públicas del Rey y represiones violentas de los cabecillas de la revuelta. Mi ciudad estaba convulsa y caminaba sin rumbo. Al igual que toda Europa. Casi se había eliminado la herejía cátara, pero todavía persistían grupos que se aferraban a ella a costa de poner en peligro sus vidas. El enfrentamiento entre el Pedro de Aragón y el de Castilla llevó a guerras que nos trajeron muertes y miserias. Enfrentamientos en el que participaron ingleses y franceses apoyando a uno u otro bando. Hasta nuestro rey Pedro recibió importantes contribuciones para sufragar la guerra de parte de Jafudá Alatzar, un rico comerciante judío... Castilla traspasó las fronteras de la Corona de Aragón y conquistó las ciudades de Calatayud, Tarazona, Borja, Magallón, Mallén... Y dentro del Reino de Valencia se plantó ante las puertas de la capital. Padecimos un largo asedio en medio de la escasez de víveres. Las cosechas fueron destruidas. La desolación se esparcía por la ciudad. Saqueos, lamentos, desesperación... Los innumerables entierros que día sí y día también recorrían las calles entremezclaban llantos de dolor y

angustia. Unos lamentos que no dejaban a casi nadie indiferente. Los porqués se lanzaban al aire sin que llegase ninguna respuesta. El cielo se mantenía mudo como si se hubiese desentendido de los hombres. Una sensación de abandono se extendía. La soledad se imponía. Nadie acudía en auxilio de un pueblo abandonado. ¿Nadie...? Sólo la muerte de Pedro I en manos de su hermano bastardo, Enrique de Trastámara, evitó mayores males. Aunque las dinastías permanecían inestables y provocarían nuevos conflictos en el futuro. Un futuro incierto que anunciaba un próximo final.

De niño me gustaba acercarme al puerto para observar el trasiego que se producía. Esos barcos que partían hacia Mallorca con tintes, muebles, pieles adobadas... O las especias. Pimienta, jengibre, canela, clavo, incienso, mirra, almizcle... que se enviaban a diversos puertos de la mediterránea. Los judíos portugueses desembarcaban pescados y mariscos. Y los judíos norteafricanos productos exóticos y artesanías manufacturadas... Aquellos rostros curtidos por el sol. Aquellas manos callosas por el esfuerzo. Respiraba hondo y llenaba mis fosas nasales con aquel aire repleto de salitre. La ligera brisa me mecía en su regazo y casi me adormecía. A pesar del bullicio me gustaba observar mi entorno con la única compañía de mis pensamientos. Muchas veces esos pensamientos me acababan guiando hasta la iglesia. Allí pasaba horas y horas cobijado en la comunión que experimentaba con Dios. En aquel recinto no me salpicaban los vicios y miserias que recorrían las calles de mi ciudad. Allí no veía aquellas imágenes espeluznantes de los ahorcados en las plazas, sus dedos en la soga como si pretendiesen liberarse, el rostro de un rojizo morado y la mancha de orines y semen en el pantalón tras la póstuma eyaculación. Imágenes expuestas públicamente para que sirviesen de advertencia a los que infligían las leyes. Leyes terrenales, porque las divinas se vulneraban con impunidad en una sociedad amante de los vicios y los placeres. Demasiados vicios y placeres en un mundo que se autocalificaba de cristiano.

Esta forma de vivir mi niñez me trajo más de un problema. Muchos niños me veían extraño porque no me comportaba como la mayoría. Tuve que aguantar más de un insulto pero no podía cambiar, porque así me habían educado mis padres. Personas sumamente religiosas que me enseñaron a amar a Dios.

«Hijo mío —me contaba mi madre—, cuando todavía no habías nacido acudí como tenía costumbre a dar la limosna a una pobre cieguita que malvivía. Uno de esos días la mujer acercó la cabeza a mi seno y dijo: “Portas un ángel en tu vientre”. Y no se equivocó.»

Me apenaban los mendigos y los enfermos. Me hubiese gustado librarlos de sus penalidades y sufrimientos. Esas visiones me sobrecogían. Con recogimiento imploraba a Nuestro Salvador Jesucristo que los sanara y les diera una existencia feliz. Confiaba en su benevolencia. Iba creciendo pero seguía emocionándome al penetrar en la iglesia, al mirar embobado el mar... o al observar una delicada flor. Pensaba en la grandeza de Dios al crear algo tan hermoso. Un hombre sería incapaz de hacer algo tan bello.

«¡Vicente Ferrer es una niña! ¡Vicente Ferrer es una niña!», empezaron a vociferar un día a mi alrededor un grupito de unos cinco o seis niños. Habían aparecido sin que yo me percatara. Estaba sentado, absorto, mirando al mar mientras sujetaba con mis manos una flor que, de tanto en tanto, aproximaba a mi nariz para oler su perfume. Más que los insultos me molestó que rompieran mis momentos íntimos de soledad. ¿Por qué me molestaban si yo no me metía con ellos? Si eran diferentes a mí que me dejaran en paz. Sólo quería eso. Estar en paz conmigo mismo y con Nuestra Señora la Virgen María y con Jesús.

«¡Vicente Ferrer es una niña! ¡Vicente Ferrer es una niña!», seguían gritando mientras brincaban a mi alrededor babeando.

Estaba perdiendo la calma. Un escalofrío recorría mi cuerpo de pies a la cabeza. Sentí miedo. En mi desesperación imploré el auxilio de Jesucristo decenas de veces. Únicamente Él podía sacarme de aquel atolladero. Y entonces sucedió un hecho que repercutiría el resto de mi vida.

«¡Dejadlo en paz!», escuché una voz que me sonó igual que un trueno y que surgió a escasos metros.

Dirigimos nuestra vista hacia el recién llegado. Observé la imponente figura de un muchacho alto y fornido si bien tenía mi edad. Eso lo supe más tarde. Siempre he creído que esa aparición no fue casual. En aquellos momentos comprometidos Nuestro Señor me enviaba al que ha sido mi fiel compañero a lo largo de mi existencia. Doy por bueno aquel mal trago, aquella prueba que me trajo tal recompensa.